4724

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA FLOR DEL ESPINO

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON VALENTÍN GÓMEZ

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1895

LA FLOR DEL ESPINO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA FLOR DEL ESPINO

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON VALENTIN GOMEZ

ESTRENÓSE EN EL TEATRO ESPAÑOL EL 18 DE MARZO DE 1882

Qui percusserit patrem suum aut matrem, morte moriatur.

(EXODO, XXI, 15.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

A la santa memoria de mi Madre

Recibe desde el cielo ¡oh madre mía! este humilde tributo del amor de tu hijo, que no te olvida nunca.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELVIRA (20 años).....	Sra. Contreras.
ALDONZA (dueña).....	Revilla.
JUAN ALONSO (45 años).....	Sr. Calvo (D. Rafael).
PEDRO ALONSO (80 años).....	Jiménez (D. Donato).
DIEGO (25 años).....	Calvo (D. Ricardo).

La acción en las cercanías de Brihuega

Época de Felipe V

ACTO UNICO

Una sala modesta de casa de un hidalgo. En el fondo la puerta de entrada, y al lado derecho una ventana. Puertas laterales. Una lámpara de bronce ilumina la estancia. Una mesa de nogal; sillón de vaqueta y taburetes.

ESCENA PRIMERA

PEDRO ALONSO, ELVIRA y ALDONZA, cerca de la mesa. El primero en el sillón de vaqueta: las otras dos en taburetes.

ALD. Si os place, señor, que cierre
la ventana... el aire es frío,
y hay corriente, y...
PEDRO No me importa.
ALD. Ved que no sois ya tan niño
para jugar de ese modo
con vuestros eternos bríos.
PEDRO Y lo son, voto á mi nombre.
¿Dudáislo?
ALD. El cielo es testigo,
señor, de que en ellos creo
bastante más que en los míos.
Pero así y todo es prudente...
PEDRO No insistáis más...
ALD. Bien; no insisto;
quede abierta la ventana.
ELV. (Aparte á Aldonza.)
Déjale con sus caprichos.
PEDRO Si á vos, Aldonza, os molesta
de la lluvia el manso ruido

613181

y temeis que vuestros huesos
se conviertan en granizo
á la primera oleada
del otoñal vientecillo,
yo no tengo esas molestias,
ni esos temores abrigo.
Quien con la vista no goza,
dar gusto quiere al oído,
y oyendo caer el agua
gusto doy, Aldonza, al mío.
En cuanto á temores... juro
que no han de poder conmigo
ni aires colados, ni escarchas,
ni humedades, ni pedriscos.

ELV. Dios os conserve así tantos
años como yo le pido.

PEDRO Muchos ya no pueden ser,
que ochenta tengo... y el pico;
y como no se usa ya
que vivan los hombres siglos...
Pero entre tanto, sin miedo
á esas pequeñeces vivo.
¡Ah! ¡si el calor de mi alma
á mis ojos diera brillo!

ELV. ¿A que vais á entristeceros
sin ocasión ni motivo?

PEDRO No, hija mía; pero á veces
le asalta á uno de improviso
cualquier idea... y los ciegos
que en sombra eterna vivimos,
solemos ser, hija mía,
taciturnos y sombríos.

ELV. ¿Y vais á serlo esta noche,
que es noche de regocijo
para quien anhela el triunfo
del rey don Felipe quinto?
¿Cuando alemanes é ingleses
son en Brihuega vencidos,
y el sol de la paz sonríe
á nuestros campos marchitos,
vos, señor don Pedro Alonso,
de esta rama tronco altivo,
vais á doblar vuestra frente
ceñida de blancos rizos,

cual melancólico sauce
entre arrayanes nacido?

PEDRO ¡Elvira! mi nietezuela,
sostén y consuelo mío,
flor que brotó en el desierto
de mis dolores prolijos,
y que entre abrojos naciste,
como la flor del espino,
para embriagar con aromas
este lugar escondido,
perdona si hoy á mi mente
acuden en torbellino
los espantosos recuerdos
de las maldades de mi hijo.
¡Diez y ocho años hace, Elvira,
á esta hora justa cumplidos,
que aquel infame!...

ELV. (¡Ay!)

PEDRO Huyó
de nuestro hogar... y bien hizo;
que el ambiente de la casa
que él deshonró con su inicuo
proceder, debía ahogarle,
ya que no le ahogué yo mismo.

ELV. ¡Era mi padre! (En son de súplica.)

ALD. (Suplicando también.) ¡Señor!

PEDRO ¿Aun estáis aquí? (A Aldonza.)

ALD. ¡Yo!...

PEDRO ¡Idos! (Con imperio.)
Id á disponer la cena. (Suavizándose.)

ALD. (¡Qué geniazo, Santo Cristo!) (Vase.)

ESCENA II

PEDRO ALONSO, ELVIRA

ELV. ¡Olvidad!

PEDRO ¿Qué he de olvidar?
¿Cabe, por ventura, olvido
en el crimen más horrible
que cometer puede un hijo?

ELV. Si Dios, que es padre de todos,

juzgara así... ¡ay, abuelito!
¡Pobres de nosotros!

PEDRO ¡Qué!
¿Pues Dios no impone castigos?...
¡Mira este rostro manchado
con el indeleble signo
de mi deshonra y la suya...
de las dos á un tiempo mismo,
que el hijo que ofende al padre
queda también ofendido!
Mírale bien: aun me abrasa
como un estigma maldito;
aun parece que la sangre
hierve y zumba en mis oídos,
y que el horror y la ira
me hacen perder el sentido...
Huyó una noche, no sé
si espantado de sí mismo,
mas de cierto sin pensar
en volver arrepentido.
Quedaste tú abandonada,
huérfana y sola conmigo;
ni yo otra hija que tú tengo,
ni tú otro padre has tenido
más que yo: juntos marchamos
por el áspero camino
de la vida; fuí tu apoyo
hasta que tú fuiste el mío,
y cuando ya hacia el sepulcro
mi paso incierto dirijo,
pienso en darte un compañero
que sea de tu amor digno.
Diego lo será... tú le amas...

ELV. ¡Con toda el alma! Él ha sido
de mis primeras sonrisas
enamorado testigo,
y partícipe más tarde
de mis primeros suspiros.

PEDRO Tu esposo será... Mas todo,
todo lo que yo imagino
para hacerte venturosa
y tranquilizar mi espíritu,
no basta á desvanecer
este recuerdo sombrío

que me saltea cada año
y que me trastorna el juicio.
Voces llegaron aquí
de la muerte de mi hijo,
y como prueba añadieron
que un malhechor fué su amigo,
y que le vendió... Rumores
del vulgo locuaz y frívolo,
que ni alejan mi temor,
ni conjuran tu peligro.
¡Ah! Sí: pensar en que puede
venir aún á este retiro
y arrancarte de mis brazos
si así pluguiera al inicuo:
temer que aquí se aparezca
como un espectro fatídico,
y trate de aislar mi vida,
de que eres mi único arrimo...
¡Ah, hija mía, hija del alma!
Cuando tal cosa imagino,
espesas nubes aumentan
de mi ceguera el martirio;
mortal angustia me ahoga,
y de horror estremecido,
parece que voy rodando
hacia el fondo de un abismo,
sin una mano que ampare
á este ciego desvalido.

ELV. ¡Padre! Por la Virgen santa,
desechad esos delirios.
¿Quién de vuestros brazos fuera
capaz de arrancar los míos?

PEDRO ¿Verdad que no?

ELV. ¡Padre, nunca!

PEDRO Llámame así; te lo exijo.
Yo soy tu padre, yo sólo;
ningún otro has conocido;
yo sólo tengo derecho
á gozar de tu cariño ..
¿No es verdad?

ELV. ¡Padre!

PEDRO Yo soy
viejo tronco carcomido;
tú yedra amorosa y fresca,

de mi ancianidad alivio.
Dentro de un año ó de dos,
Diego será tu marido,
y entonces, en vez de una hija,
tendré en mi casa dos hijos...
¡Siempre á mi lado! ¿verdad?
Y cuando fuere servido
Dios de llamarme á su seno,
podré á entrambos bendeciros.
Ahora el brazo, y á cenar...

ELV. ¡Qué bueno sois, padre mío!

ESCENA III

DICHOS, DIEGO por el fondo

DIEGO Dios guarde á la buena gente.

ELV. ¡Diego!

(Con amor, al cual corresponde Diego con el gesto.)

PEDRO ¡Diego! Dios le guarde.
¿Cómo en mi casa tan tarde
y en noche tan inclemente?

DIEGO Hay novedades de cuenta.

PEDRO ¿De cuenta en este lugar?

DIEGO Suele en un día pasar
lo que no pasa en cuarenta.

PEDRO ¡Ni en años!

ELV. Ya lo adivino:
es que el Rey llega.

DIEGO ¡Ojalá!
Mas, si el Rey no, llegará
su justicia á un asesino.

PEDRO ¡Qué! ¿Por ventura se trata
de algún crimen espantoso?

DIEGO No: se trata del famoso
Martín Vargas el pirata.

PEDRO ¡Ya! Lo han cogido, ¿no es eso?
Y lo van á ajusticiar...
Pues... no es cosa de dejar
la cena por el suceso.

DIEGO Paso, Pedro Alonso, paso,
que no dais en lo que pasa:

¿viniera yo á vuestra casa
á hora tal para tal caso?

PEDRO ¿Por qué no? El amor supuesto,
cualquier hora es harto buena
para entrar en casa ajena
con el más fútil pretexto.
¿No conozco el mundo yo?
¿no he sido joven también?
Que me falte vista... ¡bien!
pero entendimiento... no.

DIEGO Sois, en verdad, malicioso;
mas yo os juro, por mi vida,
que no hay ahora en mi venida
ningún intento amoroso.

PEDRO Decid, pues.

DIEGO Digo, señor,
que en la pasada refriega
en que fué premio Brihuega
del español vencedor,
hallábase, á lo que advierto,
ese famoso bandido,
sin que encontrado haya sido,
ni prisionero ni muerto.
Entre el ejército inglés
descolló su valentía,
que, aunque traidor, no quería
desmentir que español es.
Cortose la retirada
por nuestras tropas de modo
que el ejército inglés todo
vió su soberbia humillada,
teniéndose que rendir,
sin esperanza siquiera
de que el alemán pudiera
en su socorro acudir.
No se escapó ni una rata;
como testigo doy fe;
¡ni una rata!

PEDRO Ya se ve...
pere se escapó el pirata.

DIEGO Cierto, y este es el asunto,
pues no es dable averiguar
por dónde pudo escapar,
si no es por un solo punto.

PEDRO ¿Por cuál?
DIEGO Por este camino
que lamiendo vuestra casa
á orillas del río pasa,
dando fin en el molino.
ELV. (¡Oh Dios!) (Asombro.)
DIEGO Pero aunque ocultarse
en el negro bosque pueda,
yo os juro que no le queda
más remedio que entregarse.
Mis soldados de él en pos,
pasado ya el aguacero,
ó es brujo el hombre, ó yo espero
que hoy ha de dar cuenta á Dios.
Alerta vuestros criados,
poned vos junto al camino;
yo instalaré en el molino
un pelotón de soldados.
Y en batida general,
por mí propio dirigida,
mucho será que con vida
escape hoy el criminal.
ELV. (A Diego.)
Me asombra tu celo.
DIEGO ¿Pues?
¿No es esta mi obligación?
ELV. Tal vez haya otra razón
que estimule tu interés.
PEDRO ¡Si son móviles honrados!...
DIEGO Nada hay en ellos que asombre;
pregonada tiene ese hombre
su cabeza en mil ducados.
Muerto ó vivo, en buena ley
trataré de darle alcance;
y si salgo bien del lance,
me hago rico y sirvo al Rey.
¿No es acaso la pobreza
á nuestro amor importuna?
Pues á hallar voy mi fortuna
de un bandido en la cabeza.
ELV. ¡Precio de sangre! ¡Qué horror!
DIEGO ¡Y se maravilla! ¿Hay tal,
Pedro Alonso?
PEDRO Es natural:

en su inocente candor,
no entiende...

ELV. No: ni tal quiero,
aunque alguien necia me llame.
¡Yo entender que hay quién derrame
sangre humana por dinero!

DIEGO ¿De igual modo pensáis vos?

PEDRO No. Que al Rey servís así.

DIEGO Luego, ¿ayudaréisme?

PEDRO Sí.

DIEGO Pues me basta. Adiós.

PEDRO Adiós. (Vase Diego.)

ESCENA IV

PEDRO ALONSO, ELVIRA y ALDONZA

PEDRO Voy las órdenes á dar,
porque todo á punto esté.

ELV. No os molestéis... yo lo haré.

PEDRO ¡Tú!...

ELV. Sí. Vos id á cenar.
¡Aldonza! (Llama.)

ALD. (Sale á la puerta.) ¡Al fin!... ¿Es ya justo
que cenéis?

PEDRO (A Elvira.) Mas, por tu vida,
¿no has dicho?...

ELV. (A don Pedro.) Id.

PEDRO Si se te olvida,
y nos da el pirata un susto...

ELV. No temais...
(Le empuja suavemente y vase don Pedro Alonso con Aldonza.)

PEDRO ¡Volveré luego!...

ESCENA V

ELVIRA

¿Vendrá ese hombre, ó no vendrá?
¡Temblando estoy!... ¿Si será
el mismo que busca Diego?

Por Aldonza recibí
un papel suyo esta tarde,
diciéndome que le aguarde
al oscurecer aquí...
Ya oscureció... y no ha venido...
¿Habrá cambiado de idea?...
Mas si viene, ¡que no sea,
Virgen santa, ese bandido!...
¡Ah! me parece escuchar
en el árbol un rumor...
No, no es nada. Es el temor,
que hasta al silencio hace hablar.
Cierro... y queda así tranquilo...
(Va á cerrar la ventana y se para, aterrada, al oir su nombre.)

JUAN (Dentro.)
¡Elvira!

ELV. ¡Jesús!... ¿Sois vos?...

JUAN Soy quien os pide, por Dios,
en vuestra casa un asilo.

ELV. ¡Dios de mi alma!
(Indecisa. Juan Alonso salta por la ventana y entra en la escena.)

ESCENA VI

ELVIRA y JUAN ALONSO

JUAN No es razón
que tiembles así, hija mía.
¿Miedo tienes á quien fía
en tu noble compasión?

ELV. Yo no os conozco, y no sé
por qué me buscais aquí,
ni por qué ponéis en mí
tan á ciegas vuestra fe.

JUAN Porque, fiera perseguida,
es tan extraña mi suerte,
que huyendo voy de la muerte
cuando aborrezco la vida.

ELV. Pero, en fin, ¿quién sois?

JUAN ¡Quién soy!..
Si á decirlo me atreviera,

lástima y horror te diera
verme cual viéndome estoy.
Después del ángel que osó
contra el divino poder,
no hay en los orbes un sér
más desdichado que yo.
¿Me ves maltrecho y perdido,
sin aliento y sin consuelo?
Pues ya contra tierra y cielo
con fortuna he combatido.
Y hoy á un mísero rincón
viene á desahogar su pecho
quien hasta el mar halló estrecho
para su loca ambición.

ELV. ¡El pirata! (Con terror, separándose de él.)

JUAN ¡Cálmate!
¡No huyas de mí: te lo pido
por el último gemido
de tu madre... á quien yo amé!

ELV. ¡Vos!... ¿Ultrajais la memoria
de mi madre?...

JUAN ¡Yo! No, Elvira,
Quizá ella también me mira
con amor desde la gloria.
Quizá ha seguido anhelante,
y previendo mi destino,
el tortuoso camino
de mi triste vida errante;
quizá de Dios los enojos
aplacó su oración pura,
y á ella debo la ventura
de que hoy te vean mis ojos.

ELV. ¡Callad, por la Virgen santa!
que ó vos me estais engañando,
ó yo voy adivinando
un misterio que me espanta.

JUAN Intento satisfacer
tu curiosidad notoria.

ELV. Pues suprimid esa historia...
Ya nada quiero saber.

JUAN (¡Ah, maldición! ¿Ni á su lado
consuelo ha de hallar mi pena?
¿Es que el cielo me condena
á morir desesperado?)

ELV. ¿No os vais? (Con indecisión)
JUAN ¿Me arrojas de aquí,
sin preguntarme siquiera
por qué razón mi postrera
esperanza pongo en tí?
Cuando una inmensa aflicción
viene á implorar tu piedad,
¿cierras á la caridad
las puertas del corazón?
ELV. ¿No veis de la duda impía
el signo en mi frente impreso,
y que está bajo su peso
ahogándose el alma mía?
Cierto; vuestra voz siniestra
mi piedad está implorando;
mas, ¿he de otorgarla cuando
quizá yo implore la vuestra?
JUAN (Duda un momento y se dirige á la ventana.)
Bien; me voy, pues que de tí
nada mi infortunio alcanza.
¡Ya sé que no hay esperanza
de redención para mí!
Será el sepulcro el abrigo
que fin á mis penas dé,
aunque en mi alma llevaré
la señal de mi castigo.
Por borrar la maldición
que mi torpe sien abrasa,
vine á buscar á esta casa
un abrazo y un perdón.
¡Mas roto ya todo lazo
que al mundo me pudo unir,
voy á morir... á morir
sin perdón y sin abrazo!
¡Adiós!...
ELV. ¡Esperad!... ¡Dios mío!
JUAN ¿Para qué?
ELV. Para saber
si hay, por ventura, un deber
que se imponga á mi desvío.
JUAN ¿No te obliga el desgraciado
que huyendo la muerte va?
ELV. Tal vez no, si ese hombre está
por Dios y el Rey condenado.

JUAN ¿Y si ese hombre, por temor
de afligirte y de humillarte,
se empeñara en ocultarte
la intensidad de su amor?
¿Y si, ahogado por el llanto,
sacrificara á otros bienes
la obligación que tú tienes
de ampararle en su quebranto?
¿Y si su alma atribulada
pide, por extraño modo,
para su infortunio todo,
para sus derechos nada?...
¡Ah! Tal vez la mar serena
levanta ola embravecida,
que luego en mansa corrida
callando muere en la arena:
así, por no hacerte agravio,
ola de amor infinito
que rugir quiere en un grito,
callando muere en mi labio.

ELV. ¡Jesús, Jesús!

JUAN Con Dios queda.

ELV. ¡Oh! No os vais; ahora os lo exijo,
porque si sois quien colijo,
todo á vuestro nombre ceda.
Infortunio, deshonor,
sentencia justa del Rey,
todo ceda ante la ley
imperiosa del amor.
¿Quién sóis?

JUAN (Vacilante.) ¡Elvira!

ELV. Acabad,
ya que me robáis la calma.
¿Quién sóis?

JUAN (Arranque concentrado.)
¡Hija de mi alma,
ten de tu padre piedad! (De rodillas.)

ELV. ¡Padre! (Abrazándole.)

JUAN ¡Calla!

ELV. ¡Padre mío!

JUAN ¡Calla, Elvira, y no te asombre
que al escuchar ese nombre
sienta horror, y miedo y frío!
¡Elvira! (Besándole las manos.)

ELV. ¡A mis plantas vos!
¡Qué monstruosidad!

JUAN ¡Ah, sí!
Tienes razón; que es aquí
monstruo alguno de los dos;
mas Dios quiso en tí poner
la virtud que en tí se admira;
pues si hay aquí un monstruo, Elvira,
¿quién de los dos puede ser?

ELV. ¡Oh! Arrancad de la memoria
la historia de vuestra vida;
para una hija bien nacida,
su padre no tiene historia.
¡A mis brazos!

JUAN ¡No! Recelo
que es ilusión de mi mente:
¿cómo subir de repente
desde el abismo hasta el cielo?
¿Ni cómo, aun siendo verdad,
los brazos de un malhechor
van á empañar el candor
de tu angélica beldad?
¡Goza tú el fulgor eterno
del bien que hasta el mal estima;
deja al réprobo que gima
en las sombras del averno!

ELV. (Abrazándole á pesar suyo.)
¡Desdichado padre mío!
Romped estos fuertes lazos...
¿Verdad que no hay en mis brazos
ni horror, ni miedo ni frío?

JUAN ¡Hija, hija! (Sollozando.)

ELV. ¡Ya lloráis!
Ya os vais curando, señor.

JUAN ¡Lágrimas santas de amor,
benditas de Dios seáis!

(Pedro Alonso abre la puerta izquierda, y sale con agitación.)

ESCENA VII

DICHOS y PEDRO ALONSO

PEDRO ¡Elvira!... ¡Atrás!
ELV. (¡Jesús!)
JUAN (Retrocediendo.) (¡Oh!)
PEDRO ¿Quién grita? ¿Quién sollozaba?
¡Elvira! (Gritando.)
ELV. ¡Señor! (Acercándose.)
PEDRO (La coge convulsivamente entre sus brazos.)
Pensaba...
¿Pero en qué pensaba yo?
(Como volviendo en sí.)
ELV. ¿Qué tenéis?
PEDRO No sé... Quedé
después de cenar dormido,
y algo como llanto y ruido
de voces oir pensé.
Sueño era, y tan agitado,
que me arrojó del sillón.
No sé por qué el corazón
lo tengo aun sobresaltado.
¡Ya pasó!...
ELV. (Indecisa y acariciándole.)
¡Padre! Yo os ruego...
JUAN (¡Si olvidará mis agravios!)
(Se acerca silenciosamente y le besa la mano.)
PEDRO (Al sentir el beso.)
¡Eh! ¿De quien son estos labios
que dejan rastro de fuego?
ELV. Son de un pobre peregrino
que á ignota región se lanza,
sin la luz de una esperanza
que ilumine su camino.
Son de un náufrago maltrecho
que á la orilla arroja el mar,
y que viene á demandar
socorro á este noble techo.
PEDRO Mas confusa mi razón,
por qué abrasan no presume.

JUAN Señor, porque los consume
la ardiente sed de un perdón.

PEDRO ¿Qué dice? ¿Qué extraño acento
entre mi hija y yo interviene?
¡Elvira! ¿De dónde viene
ese hombre? ¿Cuál es su intento?

JUAN Anciano, cuya mirada
el infortunio apagó,
mártir de un hijo que hirió
vuestra frente inmaculada,
ya que mi acento apagado,
como esos ojos queridos,
no vibra con los gemidos
de mi pecho acongojado,
ni en vuestra ya infiel memoria
recuerdo alguno despierta,
¡oid!... si es que el labio acierta
á referiros mi historia.
No lejos de aquí nací,
con destino, al parecer,
infausto, pues que al nacer
la muerte á mi madre dí.
Tan hidalgo como vos
mi padre, que era soldado,
criome casi entregado
á la voluntad de Dios.
Mas el hombre en el mal crece
sin el calor de una madre
ni la autoridad de un padre
que sus pasos enderece;
porque es tierna planta el niño,
que há menester casi tanto
del suave riego del llanto
como del sol del cariño.
Libre, pues, jamás rendí
mi albedrío en vasallaje,
y del instinto salvaje
el impulso obedecí.
Ni el honor, ni la razón,
ni el decoro, ni el deber
lograron nunca tener
imperio en mi corazón.
Así llegué á aquella edad,
en que el alma enloquecida

se forja una nueva vida
de amor y felicidad.
Dulce edad, en que los giros
de las perfumadas brisas
son algo como sonrisas,
y miradas y suspiros...
Contra el paterno interés
que quiso atajarme en vano,
puse corazón y mano
de una mujer á los piés.
Su amor la luz me mostraba
del bien... Pero ¡suerte impía!
Mi padre la aborrecía
tanto como yo la amaba.
Y en la discordia cruel
que entre los dos estalló,
Ella ¡infeliz! sucumbió...
¡Yo, le herí en el rostro á él!

PEDRO (Buscando á Elvira con los brazos extendidos.)
¡Elvira!

JUAN Desesperado
y conmigo mismo en guerra,
dejé mi hogar y mi tierra:
y cual león enjaulado
que rompe su cárcel dura,
y libre y feliz se siente
al respirar el ambiente
de selvática espesura,
así yo, en mi ceguedad,
venturoso me juzgué
cuando á solas respiré
ambiente de libertad.
Nombre y condición fingí
por no deshonrar la mía,
que esta ficción requería
le empresa que acometí.
Y sofocando altanero
de mi conciencia los gritos,
fuí amontonando delitos
para olvidar el primero.
Pero harto el cielo quizá,
ó movido á compasión,
en esta noble mansión
puerto seguro me da;

y aquí me veis arrojado
por misteriosa oleada,
junto á mi hija abandonada,
junto á mi padre ultrajado.

PEDRO ¡Tu padre! ¿Pues todavía
que hay llegaste á imaginar,
quien de tí pueda aceptar
ese nombre?... ¡Oh, no!... ¡Hija mía!
Nadie más que tú ese amor
y ese nombre me reclame;
cualquiera otro que me llame
su padre... ¡es un impostor!
¡Ven! ¡Ven aquí! De mis brazos
quiere arrancarte el impío;
pero antes, yo te lo fío,
me tiene que hacer pedazos.

ELV. ¡Oh! ¡Deliráis!

JUAN Sí; delira.

PEDRO De su engaño víctima eres (A Elvira.)

JUAN ¡Señor!

PEDRO (A él.) ¡Si sé lo que quieres!
Quieres llevarte á mi Elvira.
Mas ¡qué! ¿puedes tú negar
que ella á mí me debe el ser?
¡Quien la ha enseñado á creer,
ese la ha enseñado á amar!
Huye, pues, que tu presencia
más me obliga á detestarte;
vete á arrojar á otra parte
el cieno de tu conciencia.

ELV. ¡Padre! (Al anciano.)

JUAN No pidas por mí.
Ya que no oye mi gemido,
me voy. Moriré bandido
como bandido viví.

ELV. (Con imperio á Juan Alonso.)
No os mováis; lo mando yo.

PEDRO ¡Tú!

ELV. ¡Yo!

PEDRO ¿Y llegas á atreverte?...

ELV. (Con brío.)
Me atrevo á evitar la muerte
del hombre que me engendró.
Ni os puede maravillar

que cumpla con mi deber:
quien me ha enseñado á creer
me ha enseñado á perdonar.

PEDRO ¡Hija!

ELV. Dudo que me cuadre
ese nombre, aunque os aflija.
¿Cómo puedo ser la hija
de quien detesta á mi padre?

PEDRO (Confuso.)
¡Ah!

JUAN (Mirando al cielo con reconocimiento y efusión.)
¡Bendícela, Señor,
que su alma noble iluminas!...
Tú, que de un tallo de espinas
brotar hiciste esa flor.

ELV. (A Pedro Alonso.)
Y después de tanto anhelo,
aun no sabéis lo que pasa.

PEDRO ¿Qué más?

ELV. Que está en nuestra casa
Martín Vargas.

PEDRO (Aterrado, y no queriendo comprender.)
¡Justo cielo!...
¡El!...

ELV. El mismo.

PEDRO ¡Oh, Dios piadoso!
¡Que suene mi hora postrera!

ELV. La deshonra nos espera,
y á él un suplicio afrentoso.
Haced, pues, que la justicia
se lleve á vuestro hijo luego...
echad esa presa á Diego
para saciar su codicia.
De Vargas por el castigo
mil ducados el Rey da,
y Diego tras ellos va
para casarse conmigo. (Ironía con lágrimas.)
Pues bien; ¡ya que la pobreza
á él y á nosotros apura,
tengo una dote segura...
de mi padre en la cabeza!

PEDRO ¡Horror! (Llaman á la puerta de la calle. Pausa.)

ELV. ¡Silencio!

PEDRO ¡Llamaron!

ELV. ¡Sí!... Temblando lo escuché.
¡Veamos!... (Se dirige á la ventana y mira.)
¡Dios mío!
PEDRO ¡Qué!
ELV. ¡Le buscaban!... ¡le encontraron!...
PEDRO ¿Diego?
ELV. Diego es y su gente,
que la ansiada presa husmea... (Mirando.)
Toda la casa rodea...
¡No hay salida!
JUAN Dios clemente
lo dispone así: dejad
que cumpla, pues, mi destino.
ELV. No; que Dios abre camino
á una firme voluntad.
PEDRO ¿Qué intentas hacer?
ELV. (Abre la puerta derecha y dice á Juan Alonso.)
Aquí,
aquí oculto.
JUAN ¿Para qué?
¡Déjame.
ELV. ¡No! Que yo sé
que él no ha de arrollarme á mí.
(Empuja á Juan Alonso, y le hace entrar en la habitación.)
¡Aldonza! (Llamando.)
ALD. (Sale.) ¡Señora mía!
ELV. ¡Llamando están!
ALD. A deshora...
¿Y qué hacer?
ELV. ¡Abrir!
ALD. ¡Señora!...
PEDRO ¡Abre!
ALD. ¡Voy!... (¡Virgen María!) (Vase foro.)

ESCENA VIII

ELVIRA y PEDRO ALONSO

PEDRO Tal confianza en su amor
pienso que te va á engañar.
ELV. ¿Por qué?
PEDRO Para un militar,

lo primero es el honor.
Y el honor comprometido
sin duda alguna lo tiene,
pues si él con su gente viene,
viene á todo decidido.

ELV. ¡Oh, padre! no me robeis
la esperanza en su nobleza.
Necesita mi entereza
que vos también la ampareis.

(Diego aparece en la puerta del fondo con Aldonza. Elvira, al verle, se dirige instintivamente á defender la habitación en que está oculto Juan Alonso.)

ESCENA IX

DICHOS, DIEGO y ALDONZA

ELV. (¡El!)
ALD. (A Diego.) Pasad.
DIEGO (En el umbral.) No sin licencia.
PEDRO Que vos la pidais me extraña.
DIEGO No soy yo: es el rey de España
quien guarda esta deferencia.

(Elvira hace señas á Aldonza para que se vaya por la izquierda. Se va en efecto.)

ESCENA X

ELVIRA, PEDRO ALONSO, DIEGO

PEDRO ¡El rey! Eso es obligarme
á que os oiga con respeto,
porque es muy alto el sujeto
que viene esta noche á honrarme.

DIEGO Pues habla el rey. Escuchad: (Lee.)
«Donde quiera que el bandido
Martín Vargas fuere habido,
de solo la identidad
de su persona se trate,
y así que esto se resuelva,
baste un monje que lo absuelva

y un arcabuz que lo mate.
Mil ducados al leal
que á librar á España acierte
del traidor. Pena de muerte
al que ampare al criminal.»
(Un momento de pausa.)

PEDRO Bien, ¿y qué?

DIEGO Que hoy os pedí
vuestro auxilio: que marché
fiado en vos... y que sé
que el criminal está aquí.

PEDRO ¿Y os lo ha dicho?...

DIEGO Quien le vió
por esa ventana entrar.

PEDRO Pues yo me atrevo á afirmar
que quien lo vió se engañó.

DIEGO ¿Y no pudiérais vos ser
el engañado?

PEDRO (Con vigor.) ¡No está
Martín Vargas!

DIEGO Pues será
otro, y á ese otro he de ver.

ELV. Viene de sobra arrogante
el galán enamorado...
¡Qué oficio trae! Ha cambiado
por el de esbirro el de amante.
¡Y bien que lo hace, á fe mía!

DIEGO ¡Elvira!

ELV. ¡Diego!

DIEGO Repara...

ELV. ¡Ah! Sí; reparo .. en tu cara
que no es ya la que solía.

DIEGO Miente el rostro, porque dentro
del pecho mi amante afán...

ELV. Pues ¿cómo busco al galán,
y sólo al esbirro encuentro?

DIEGO ¿Y en qué el galán te faltó?
El deber me trae aquí.
Un hombre ocultáis de mí:
tras de ese hombre vengo yo.
Y si no del rey el nombre
me autorizara... quizá
mis celos bastarán ya
para ver quién es ese hombre.

PEDRO (¡Oh tormento!)
ELV. Diego, escucha...
Si es menester hablar cuando
está el semblante mostrando
del alma terrible lucha...
retírate, y que tu gente
también se retire... ¡Mira
que te lo pide tu Elvira
puesta en el polvo la frente! (De rodillas.)
DIEGO ¿Qué haces? ¡Tú puesta á mis pies
lágrimas tristes vertiendo!
Pues tu interés, que no entiendo,
más excita mi interés.
ELV. ¡Diego! (Levantándose.)
No, no es hombre honrado
quien desoye mis gemidos.
DIEGO ¡Si aun de mis propios sentidos
temo ya ser engañado!
¡Paso! (Queriendo entrar.)
ELV. ¡Atrás!
DIEGO ¡Viven los cielos,
que quién es he de saber,
más que á impulso del deber,
á estímulo de mis celos!
ELV. Haz, pues, lo que bien te cuadre;
mi resistencia has vencido.
Aquí dentro está el bandido;
pero el bandido es mi padre.
DIEGO ¡Tu padre!
¡Vuestro hijo! (A Pedro Alonso.)
PEDRO ¡Juan
Alonso es!
DIEGO ¡Oh, maldición!
ELV. ¡Mátale... sin compasión!
¡Mil ducados!
DIEGO (Dirigiéndose á la ventana, después de unos momentos de vacilación y lucha.)
¡Y ahí están
impacientes esperando
á Vargas... y aquí la ley,
el deber, la orden del Rey,
sobre nosotros pesando!
PEDRO Diego, sabéis la verdad;
por el Rey venís aquí,

yo como padre cumplí,
ahora á vuestro antojo obrad.

DIEGO Hable el deber.

ELV. No, á fe mía,
que va á hablar en nuestra mengua;
arranca al deber la lengua
y hable sólo tu hidalguía.

DIEGO (Después de un momento de inquieta reflexión, como asaltado por una idea.)
¡Ah! responded.

ELV. ¿Qué has pensado?

DIEGO (A Pedro Alonso.)
¿Podéis vos decir de fijo
que es Juan Alonso vuestro hijo
el que ahí habéis ocultado?

PEDRO ¡Cómo!

ELV ¡Qué idea!

DIEGO Cabal.
Una idea peregrina.
Mas ¿qué hombre honrado adivina
lo que sabe un criminal?
(A Elvira.)
Tú jamás has conocido
á tu padre. (A Pedro Alonso.) Vos...

PEDRO (Vacilando.) ¡Yo!...

DIEGO Juro
que vaciláis...

PEDRO De seguro
no diría...

ELV. (Está perdido.)

DIEGO ¡Ah! lo veis.

ELV. Si él refirió
su historia punto por punto.

PEDRO Tanto... no; así en conjunto...
Y aun en algo no acertó.
Que yo aborrecí, nos dijo,
á tu madre, y no es verdad.

DIEGO Quizá por casualidad
ha conocido á vuestro hijo.
Le oyó referir su historia,
y él, al verse hoy acosado,
esa historia os ha contado
mal guardada en su memoria.
Salvar creyó, á lo que veo,

su vida con ese ardid.
Pero en vano.

ELV. (¡Oh, Dios!)

DIEGO Abrid.

(Va á dirigirse á la puerta, que se abre, y aparece Juan Alonso.)

JUAN No os molestéis; ya abre el reo.

ESCENA XI

DICHOS y JUAN ALONSO

ELV. ¡Padre! (A Juan Alonso.)

JUAN Ese nombre bendito
hace á vuestro honor agravio.
Nunca más de vuestro labio
vuelva á salir ese grito.

ELV. ¿Qué significa?...

JUAN Que fuí
de Alonso casi un hermano,
y que cobarde é inhumano
su nombre he usurpado aquí.

ELV. Que no sois...

PEDRO (¡Oh, Dios clemente!
¡Gracias!)

JUAN ¡Vuestro padre yo!...

ELV. ¿Es decir, que me engañó
mi corazón inocente?
¿Que sólo por darme enojos
habéis el llanto fingido,
que, al correr, se ha confundido
con el llanto de mis ojos?

JUAN (¡Bien merezco que taladre
mi corazón su dolor!)

ELV. (A Pedro Alonso.)
¿Hay en el mundo, señor,
quien finja el amor de padre?

PEDRO No le hay.

ELV. (A Juan Alonso.)
Pues mentís.

JUAN No miento.
Si yo vuestro padre fuera,
¿cómo, Elvira, os lo dijera

cuando al decirlo os afrento?
Al crimen y á la ficción
tanto me llegué á avezar,
que he aprendido á hacer vibrar
las cuerdas del corazón.
Finjo el llanto y la locura,
el dolor y el regocijo;
y la obediencia del hijo,
y del padre la ternura...
Para probároslo, voy
á arrojarme ahora á esos pies
(Se arroja á los de Pedro Alonso.)
diciendo: tú no me ves,
padre, pero tu hijo soy.
De Dios la piedad imita
con este hijo infortunado,
que para morir honrado
de tu perdón necesita.
Perdónale, pues, y advierte
que tu piedad generosa,
por una vida afrentosa
va á darle una dulce muerte.

ELV. ¡Él es!

PEDRO ¡Hijo! (Abrazándole.) No; no quiero,
no quiero que mueras.

ELV. (A Diego.) ¡Mira!
Con el padre de tu Elvira,
¿qué va á hacer tu rigor fiero?

DIEGO Lo que el Rey manda.

PEDRO ¡Oh, cruel!
No lo arrancarás de aquí.

DIEGO Pues me condenáis á mí.
Iré yo á morir por él.

ELV. ¡Tú!

DIEGO ¿Pues no? La orden real,
clara y severa, previene
que pena de muerte tiene
quien ampare al criminal.

ELV. (Abrazando á Juan Alonso.)
¡Él morir! ¡Nunca!

PEDRO No; ¡atrás!
(Se abraza también á él.)

JUAN (¡Oh, qué inefable consuelo!
Hoy debo una dicha al cielo

que no he sentido jamás.)
¿Por qué atormentáis así
vuestro espíritu agitado? (A Pedro.)
El perdón que me habéis dado
es para él, no para mí.
Lo espera en la eternidad,
y á llevárselo ahora voy:
Que yo no soy él... yo soy
la voz de su iniquidad.
Mas porque Dios soberano
mayor cuenta no le exija,
llevo el abrazo de la hija
con el perdón del anciano.
Si Juan Alonso, señor,
en mi lugar estuviera,
mil veces morir quisiera
por gozar de tanto amor.
Ni es muerte resucitar
de la ignominia y el vicio,
para ver en el suplicio
más que una afrenta, un altar.
¡Adiós, pues!

ELV.
PEDRO } ¡No!

JUAN ¡Ya el momento
ha llegado!... No lloréis...
(Abraza á su hija; luego se arrodilla delante de su padre y le besa la mano. Se levanta y vuelve á abrazar de nuevo á entrambos conteniendo apenas los sollozos.)

ELV. ¡Padre! ¡Padre!

JUAN Aquí tenéis,
Elvira, mi testamento. (Dándole una cajita.)
¡Ahora, cúmplase la ley!
(Se separa de ellos, y va á Diego.)
Alférez, á vos me entrego.

PEDRO (Cae medio desvanecido en un sillón.)
¡Ay!

ELV. ¿Y tú le matas, Diego?

DIEGO Yo no le mato: es el Rey.

JUAN ¡Vamos!..

ELV. ¡Jamás!

JUAN ¡Vamos, presto!
(Vanse apresuradamente por el fondo y cierran la puerta.)

ESCENA ÚLTIMA

ELVIRA y PEDRO ALONSO

ELV. ¡Cerraron!... (Se arroja en brazos de Pedro Alonso.)
¡Ah, padre amado!
PEDRO Dios así lo ha decretado;
él nos ampare.
ELV. (Reparando en lo que tiene en la mano.)
¿Qué es esto?
(Abre la cajita, saca un papel y un medallón, y lee.)
«Elvira, yo soy tu padre,
y al morir, tu infamia evito;
te dejo con este escrito
el retrato de tu madre.
Reza siempre por los dos,
que tanto aquí nos amamos;
reza porque nos unamos
en la presencia de Dios.»
PEDRO ¡Ah!
ELV. ¿Lo véis?
PEDRO A Dios le plugo..
ELV. Aun hay tiempo de salvarle.
PEDRO ¿Qué vas á hacer?
ELV. Á arrancarle
de las manos del verdugo.
PEDRO ¡Hija!
ELV. ¡Vamos!...
PEDRO Vamos... sí.
(Dirígense hacia la puerta, y suena fuera un disparo de arcabuz algo lejano.)
ELV. ¡Oh! (Cayendo de rodillas.)
PEDRO ¡Jesús! (Sosteniéndose en el respaldo del sillón.)
ELV. ¡Justicia cruel!
PEDRO ¡Perdón, Señor, para él!
¡Piedad, Señor, para mí!
ELV. ¡Diego! ¡Diego! Entre los dos
un abismo abre hoy tu diestra.
Mientras vivais, seré vuestra, (A Pedro.)
y después seré de Dios.

TELON

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.